

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

LA POSICION EXTERIOR DE FRANCIA

El período de vacaciones que siguió de cerca la batalla electoral para la presidencia de la República francesa, posteriormente, el plan de reactivación y desarrollo de la economía presentado por el Gobierno Chaban-Delmas; la devaluación del franco, y los conflictos socio-sindicales, son problemas internos de importancia tal, que han ocultado un tanto la dimensión internacional de una Francia cuya política exterior aparece en segundo término desde hace unos meses. Además, tan pronto como dimitió el general De Gaulle, Francia cesó de desempeñar en el escenario internacional el papel destacado que ostentaba en razón de la postura individualizada que aquél le asignara en el afán de que su país fuera a la vez árbitro entre los dos bloques y cauce de corrientes mundiales encontradas. Pero con independencia de los objetivos de «grandeur» del General De Gaulle, Francia es una nación con peso específico en el mundo. Por ello, tras una etapa de inusitada discreción, se dispone a reanudar su actividad internacional. Todo hace presagiar que lo hará sin estridencias, pero con eficacia, conforme al estilo del pragmático Presidente Pompidou.

Este, en su campaña electoral, hizo hincapié en su fidelidad a la política de su predecesor, singularmente en lo internacional. El viaje del actual Presidente francés a los Estados Unidos, previsto para febrero de 1970, es una primera prueba de esa fidelidad. En efecto, es una continuación del diálogo reanudado entre Francia y los Estados Unidos en ocasión del viaje a París del Presidente electo, pero no en funciones, Richard Nixon, todavía en tiempos del General De Gaulle. Otro tanto cabe decir del viaje a la U. R. S. S. en la próxima primavera. Se acordó en la audiencia concedida al Embajador soviético, Zorin, el 10 de septiembre, si bien sólo se ha anunciado oficialmente en fecha reciente. No será, por cierto, la primera vez que Georges Pompidou se trasladará a ese país, ya visitado en calidad de Presidente del Consejo de Ministros en julio de 1967.

Tales viajes a Washington y a Moscú, con un breve intervalo entre uno y otro, ponen de manifiesto la voluntad del Presidente Pompidou—que fue la firme y controvertida voluntad del General De Gaulle—de luchar contra la política de bloques que, por lo demás, tiende a remitir en virulencia.

De otra parte, en un contexto europeo alterado por el acceso a la Cancillería de la República Federal de Willy Brandt, partidario de la aproximación al Este

y del rápido ingreso de Gran Bretaña en el Mercado Común, la posición de Francia se verá afectada en el orden político y económico. Se le presenta un próximo futuro de competición, en primer término a escala de Europa, donde durante años llevó la voz cantante—y en ocasiones disonante—, singularmente en cuanto a las relaciones con el Este. De ahí que los primeros pasos internacionales del Presidente Pompidou sugieran no ya el ambicioso programa gaulista de encabezar una Europa a mitad camino entre las dos superpotencias, sino el más prudente de ir un poco a su aire, pero contando con el apoyo de dos grandes que, al dejar de ser enemigos irreconciliables, comb sucedió durante tanto tiempo, no obligan a Francia a una opción que hipotecaría una libertad de movimientos que el Presidente Pompidou bien parece dispuesto a defender, aunque las modificaciones que se producirán en el ámbito europeo amenacen con menguarla y, por vía de consecuencia, puedan poner su fidelidad a dura prueba.

LA REUNION DEL CONSEJO DEL PACTO DEL ATLANTICO

En la dos reuniones anuales del Consejo del Atlántico Norte, y cada año más, se pone de manifiesto la necesidad de reformar las estructuras de la O. T. A. N., por la que no han pasado en vano dos décadas. A los aliados europeos se les ha quedado chico ese calzado. Con todo, siguen caminando con él tanto bajo la protección norteamericana como supeditados a las decisiones políticas y consiguientes planes estratégicos que los Estados Unidos no comunican a sus aliados. La razón de este proceder es que el factor nuclear desempeña un papel primordial en los planes estratégicos y que lo nuclear es ámbito reservado del Pentágono. De otra parte, tampoco los Estados Unidos se conciertan con sus aliados en materia de política internacional, para ellos a escala mundial, aún cuando pudiera incidir en Europa. Se evidencia, pues, que en su planteamiento actual la O. T. A. N. «no es democrática», como dijera David J. Rockefeller. Lo enojoso, es que de no procederse a reformas substanciales, que implican una nueva filosofía de esta organización, no llegará a serlo.

Sin embargo, las deliberaciones de la reunión de otoño del Consejo del Atlántico Norte parecen haberse centrado en la tarea de reformar la O. T. A. N. Entre diversas sugerencias para lograr este objetivo, está la de conferir personalidad propia, dentro de la Organización, al conjunto de naciones europeas que la integran, distinguiéndolo del componente norteamericano. Es la fórmula de «los dos pilares» propuesta por el Presidente Kennedy. Por tanto, no es nueva; lo que no equivale a decir que no sea buena en principio, singularmente de considerarla en la perspectiva de la construcción de esa Europa de la que el Tratado de Roma pretendió ser firme cimiento. Las crisis sucesivas que se han producido en tan reducida comunidad europea suscitan dudas en cuanto a la posibilidad de alcanzar la meta por ese camino.

Por ello cabe considerar la conveniencia de emprender, partiendo de la O. T. A. N., el de la comunidad de la defensa, en particular en materia de planes estratégicos a escala europea, y no ya global, como lo son los planes de los Estados Unidos proyectados a la rosa de los vientos. Un diálogo sustituiría

el soliloquio del Pentágono, que no revela hasta qué punto Europa podría ser teatro de operaciones de la defensa de intereses marginales para las naciones europeas o ser aquéllas meros comparsas a la hora de que Washington inicie negociaciones con Moscú. A corto o largo plazo, tales negociaciones se celebrarán, pues existen motivaciones de orden nacional por ambas partes para que tengan lugar. Ya que no una alianza, de ellas puede salir una situación equidistante entre el entendimiento total y el antagonismo radical.

En cuanto a las llamadas al reforzamiento del potencial bélico europeo y la vigilancia del generalísimo de la O. T. A. N., A. J. Goodpaster, parecen un eco de las duras palabras del mariscal Yakubov ante los miembros del Pacto de Varsovia. Se insertan todas en el marco de las proyectadas negociaciones soviético-norteamericanas. A ambas potencias les conviene negociar ayudadas por un nutrido cortejo de aliados fuertes. Así, antaño, un lucido y numeroso séquito acompañaba a los embajadores encargados de una misión delicada. Las naciones europeas de allende y aquende el telón de acero desempeñan este papel. Es una consecuencia de la política de bloques de la Europa que debiera esforzarse por surgir con personalidad propia. La reforma de la O. T. A. N. consistente en diferenciar el componente europeo del norteamericano, le depara acaso la oportunidad de colocar la primera piedra de esa difícil construcción.

LA CONFERENCIA DEL PACTO DE VARSOVIA

De cara al exterior, el tema que ha dominado la reciente Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores del Pacto de Varsovia, celebrada en Praga, ha sido la propuesta hecha a los demás países europeos de establecer un Pacto de Seguridad basado en un acuerdo general de no agresión. La idea no es nueva. Hace cinco años, la Unión Soviética trató de mover ese peón en el tablero. Volvió a la carga en 1966, pero sólo en la Conferencia de Budapest del pasado marzo bosquejó un proyecto perfilado en Praga al proponer una Conferencia paneuropea a celebrar en el primer semestre de 1970 en Helsinki, capital de un país gozne entre el Este y el Oeste.

En principio, ningún país del Este se opone a tal proyecto, si bien, por motivos distintos, hay reservas en alguno y plena adhesión en otro. Aún tomando buena nota de la declaración de Praga, los países occidentales la han acogido sin alborozo, pero no sin reconocer sus aspectos positivos. Así deja al margen de la espinosa cuestión de las fronteras y los reajustes territoriales a los países que no participaron en la Segunda Guerra Mundial y no establece un orden del día, lo cual implica que no impone temas vinculantes. En cambio, pretende excluir de la Conferencia a los Estados Unidos y a Canadá. Se equilibre o no lo positivo y lo negativo, el bloque occidental habrá de tomar una posición definida frente a esta declaración que, aparte de la seguridad del viejo Continente, pretende resolver sus problemas políticos, que son los mismos que en 1945 y no han tenido otra solución que las parciales de la neutralización de Finlandia y Austria.

Pero los países de la O. T. A. N. distan de tener un criterio unánime frente a la proyectada Conferencia de Helsinki. Parece dominar la opinión de que no

conviene precipitarse, sino prepararla cuidadosamente por vía diplomática con la participación de los Estados Unidos y Canadá. No será ciertamente el empirismo sistemático de la O. T. A. N. el que logre acordar a sus miembros, si bien todos coinciden en que procede desarrollar las relaciones con el Este mediante acuerdos bilaterales o multilaterales. La fórmula no corresponde a la propuesta y deseada por los dirigentes de la Unión Soviética, que dan muestras de cierta premura para llevar a cabo su proyecto. Es lógica. Para ellos las condiciones objetivas del momento político son favorables dadas las declaraciones del Canciller Brandt en cuanto a la firma del Tratado de no proliferación de las armas nucleares, el reconocimiento implícito de la República Democrática alemana como Estado, el apaciguamiento en la frontera soviético-china y la vuelta al redil socialista de Checoslovaquia.

Clausurada esta Conferencia, sólo cabía esperar la reacción de los países occidentales. Pero he aquí que seguidamente se reúnen, también en Praga, los ministros de Defensa del Pacto de Varsovia. ¿Para estudiar las repercusiones que un Pacto de no agresión a escala europea tendría en sus planes estratégicos? Es posible, pero no cierto, que tal sea el exclusivo objeto de tal Conferencia, habida cuenta del papel desempeñado por las Fuerzas Armadas socialistas en la invasión de Checoslovaquia. La doctrina Breznev de la «soberanía limitada», posterior a tal invasión, fue tanto un respaldo jurídico para la acción militar como una maniobra destinada a encubrir la decisiva presión ejercida en los políticos por un ejército erigido en custodio del orden socialista con predominio soviético. Un acuerdo de no agresión impediría en adelante toda nueva acción de este tipo en cualquier otro país del Este. ¿Es esta una perspectiva conforme al pensamiento del Ejército soviético y de los demás ejércitos invasores de Checoslovaquia? La política y la diplomacia no coinciden forzosamente con los criterios de los estrategas militares cuando éstos no se ven integrados en una estrategia global, de la que da síntomas de carecer un tanto la Unión Soviética desde que Stalin desapareció del escenario de este mundo.

ANTE LAS NEGOCIACIONES RUSO-NORTEAMERICANAS EN HELSINKI

La importancia y amplitud del problema que plantea una seguridad europea a negociar con los países del Este hacen que éste pierda ese carácter de actualidad que aboca las noticias a un rápido olvido. En cambio, por ser un nuevo sistema de seguridad, problema complejo, existe una tendencia a dar por bueno e inmejorable el que actualmente proporciona a la Europa Occidental la Alianza Atlántica. Ello equivale a atenerse a la hora que marca un reloj de cristal empañado que además retrasa. Porque es inexacta la imagen que se brinda a la imaginación de una O. T. A. N. que es la suma de las Fuerzas Armadas de unos aliados que trasladan al ámbito de la estrategia el «todos a una» del compañerismo ante la amenaza o la agresión. De hecho, las estructuras de esa Organización defensiva no permitirían tan coherente acción unificada de llegar el caso, dado singularmente que ninguno de los aliados ha contraído un compromiso militar automático, según los términos del Tratado del Atlántico Norte. Además, la idea de que el gran paraguas nuclear norteamericano se abriría de

inmediato ante una agresión a Europa remata aparentemente una seguridad del todo amparada por la Alianza Atlántica. Desgraciadamente, este esquema válido hace veinte años ha perdido vigencia en razón de la estrategia sucesivamente modificada en función del progreso y el equilibrio nucleares. De ahí que el sistema defensivo de nuestro Continente no se imponga ya como susceptible de garantizar su seguridad cualesquiera que sean las circunstancias.

Una de estas circunstancias es la evolución de las relaciones entre los Estados Unidos y la U. R. S. S. Ha de provocar forzosamente una reconsideración de los supuestos básicos de la Alianza Atlántica por parte de la Europa occidental, aun prescindiendo de la propuesta de los países del Este. De esta evolución es exponente la negociación que se iniciará el 17 de noviembre en Helsinki. A su clima constructivo ha tratado de contribuir el deseo expresado por el Presidente Podgorny de un mejor entendimiento soviético-norteamericano en el discurso pronunciado con motivo del LII Aniversario de la Revolución rusa. De todos modos, hay que excluir la posibilidad de un acercamiento tal que se establezca un condominio mundial soviético-norteamericano que haga innecesaria toda medida de seguridad europea. Lo previsible es que las dos Superpotencias lleguen a acuerdos concretos respecto a la limitación del armamento nuclear. Pero las posiciones de ambas distan demasiado para que sus relaciones dejen de ser ambiguas y contradictorias, mezcla de cooperación positiva para impedir un conflicto generalizado y de antagonismo negativo a la hora de establecer una verdadera paz. No obstante, no puede descartarse la hipótesis de un tácito frente común ante la amenazante China, que, convertida en potencia atómica, rompe el equilibrio nuclear soviético-norteamericano y tiende a situar en Asia el centro de gravedad de la política internacional. Por ello, urge resolver el problema capital de Europa que es Alemania. Moviéndose con acelerado compás, el nuevo Gobierno de Bonn avanza en esta dirección, en busca de soluciones que pongan término a la partición de Europa y de ambas mitades sobre las armas.

Sin duda, las sorprendentes negociaciones chino-soviéticas de Pekín aparecen como un factor de optimismo en el confuso horizonte. Pero desde los albores de la política, negociar ha sido a veces un medio de ganar tiempo. El tiempo que acaso la U. R. S. S. estime necesario para que no queden cabos sueltos en una Europa sin divisiones, ya que no unida, que fuera a espaldas de un Ejército soviético sólo atento a la dilatada frontera asiática.

TENSIONES INTERNAS EN EL LIBANO

La grave y confusa situación reinante en el Líbano no es estrictamente consecuencia de una tensión llevada al paroxismo entre guerrilleros y dirigentes libaneses que anteponen el interés y la seguridad nacionales a la solidaridad árabe. Es un episódico reflejo de viejas tensiones internas existentes desde la independencia de este país en 1946, tanto por su pluralismo religioso como por sus divisiones políticas. Esquemáticamente, las tendencias políticas del Líbano, que no coinciden con la pertenencia a tal o cual confesión, pueden reducirse a dos: Una, en el poder, que discurre por el camino de una democracia de corte

europeo; aún proclamándose árabe, se siente histórica, económica y financieramente vinculada a Occidente. La segunda, por estimarse parte integrante del mundo árabe está dispuesta a arrostrar todas las consecuencias derivadas de este hecho, sin excluir en ciertos grupos la unión del Líbano y Siria en una sola nación. Este proyecto de unión no es nada nuevo. Si jamás Siria se mostró opuesta a él, cabe decir que la Siria del Presidente Attasi lo considera por lo menos favorablemente. Ello explica la intensa actividad desplegada por las Fuerzas Armadas sirias en las fronteras libanesas con motivo de este conflicto. Ha provocado la clara toma de posición de Francia respecto a la integridad del territorio y la soberanía del Líbano y, en forma más discreta, también de los Estados Unidos que, en 1958, a petición del Presidente Chamún, intervinieron con sus «marines» para salvar a ese pequeño país de la ira de los demás países árabes. Por lo tanto, son muchos y antagónicos los intereses en juego en la crisis libanesa en la que los guerrilleros parecen actuar a modo de ariete utilizado por una conjura para alterar el *status* del Líbano. Pero, ¿qué país ha urdido esa conjura? De verse claramente que beneficia a uno concreto, podría contestarse la pregunta. Como son varios, no es posible. Además, asistimos acaso a un embrollo de hilos movidos por distintas manos.

El rocambolesco episodio del pasado 30 de septiembre, en que unos espías soviéticos fueron acusados del intento de robo de un «Mirage» libanés, pudo provocar la ruptura de relaciones entre Beirut y Moscú y un Líbano aislado pasarse al campo occidental, con gran contento de Israel que aseguraba una de sus fronteras. Las garantías dadas el 14 de octubre al Líbano por los Estados Unidos y el ataque a las oficinas en Beirut de la organización guerrillera, son otros puntos en que se fundamenta la tesis difundida en medios árabes de una maquinación israelo-norteamericana para romper el frente árabe y facilitar la imposición del plan de paz que se está cociendo entre los «Cuatro».

Tal tesis no es tan convincente como para descartar la eventualidad de que el progresismo árabe, contando con los progresistas libaneses arropados con los combativos «feddayin», tratarán de derrocar el régimen del Líbano, calificado de «reaccionario», y sustituirlo por otro de su ideología, lo que no pretende decir con un régimen adscrito a Moscú, dada la infiltración pro-china en regímenes y organizaciones del Oriente Medio.

La discreción de la U. R. S. S. frente al conflicto libanés, sus consejos de moderación y los esfuerzos del Presidente Nasser para llevar a El Cairo y poner de acuerdo a dirigentes libaneses y jefes guerrilleros indican el firme propósito de salvar al Líbano y mantener el *statu quo* en esa región. El acuerdo se basará, al parecer, en que la actividad guerrillera autorizada por Beirut se realice bajo el control del Ejército libanés. Pero el objetivo que persiguen estas negociaciones es evitar que surja de la sombra un remoto elemento, que actúa bajo cuerda, tome posiciones y, empezando por el Líbano, se alce en su día con el santo y la limosna.

LA ACTITUD DE LA REPUBLICA ARABE DE LIBIA

No sólo aspectos inquietantes tiene el panorama mundial. A veces se registran en él situaciones que provocan la sonrisa por lo prosaico del motivo que las origina. Tal sucede con la actitud adoptada por la República Árabe de Libia, proclamada el pasado 1 de septiembre, que obliga a Gran Bretaña a bailar al son que ahora le tocan en Trípoli.

Entre las muchas sorpresas que depara la vida internacional, no es la menor la libertad de decisión de que da muestras el Consejo de la Revolución de un país cuyo acceso a la independencia en 1952 constituyó para él un grave problema. Lo fue para la Libia de entonces en razón de su extrema pobreza. Con una superficie superior a tres veces la de España, con sólo un millón de hectáreas de tierras cultivadas y una población que no alcanzaba—ni alcanza actualmente—los dos millones de habitantes, para sobrevivir en cuanto nación Libia hubo de recurrir a la solución que adoptan las familias venidas a menos: admitir huéspedes. Fueron éstos los Estados Unidos y Gran Bretaña. Merced al pago anual de un millón de dólares y de dos millones de libras esterlinas, respectivamente, y mediante acuerdos que finalizan en 1970 para los Estados Unidos y en 1971 para Gran Bretaña, ambos países establecieron bases en ese territorio semidesértico, pero cuya importancia estratégica es evidente. De otra parte, en 1953, Gran Bretaña firmó con Libia un tratado de amistad y cooperación militar y financiera.

Así las cosas, a finales de los años 50 se produjo lo que parece un cuento de hadas: Libia se convirtió en país riquísimo al descubrirse en su suelo fabulosos yacimientos de petróleo. Y el petróleo sacó a la Cenicienta árabe de su oscuridad. Pero pobre o rica, Libia se sabe parte integrante del mundo árabe. La revolución pacífica que derrocó al Rey Idris mostró a las clases que, además, Libia quiere desempeñar un papel activo en la lucha contra Israel. Para ello estima que, en primer término, tiene que liberar el país de la presencia de bases extranjeras.

Apenas asumido el Poder por el Consejo de la Revolución, el primer ministro, Mahmud Soleiman El Maghrabi, hizo saber a sus huéspedes que los acuerdos suscritos no serían renovados. Entre tanto vencen, las Fuerzas Armadas libias—unos 8.000 hombres—controlan o sitian pacíficamente esas bases. Washington no ha protestado. Los pozos de petróleo tienen virtudes silenciadoras muy estimables. Recientemente, de un papirotazo, el ministro de la Defensa, coronel El Hawas, ha cancelado el contrato de 130 millones de libras suscrito con una firma británica para el suministro de material bélico y, hace unos días, ha conminado a Gran Bretaña para que sus fuerzas evacúen sin demora el territorio libio, liquidando así el Tratado de amistad de 1953.

A estos contratiempos, Gran Bretaña ha respondido con pasmosa mansedumbre. Cierto, no cabe como antaño enviar corbetas a velas tendidas para castigar al país demandado, pero queda el recurso de la protesta enérgica. ¿Por qué no lo emplea Gran Bretaña? La razón es sencilla. En Gran Bretaña están depositados los cuantiosos fondos que a Libia reporta su riqueza petrolífera. De retirarlos—como podría hacerlo en uso de su derecho—, la mal repuesta libra esterlina sufriría una recaída muy inoportuna en el momento actual de aproximación al

Mercado Común. Ello invita a Gran Bretaña a pasar por las horcas caudinas que le impone su antigua protegida. En el ámbito de la política internacional, rara vez hay que buscar a la mujer, clave de muchos enigmas internos. Más prosaicamente hay que buscar los intereses económicos.

LAS NEGOCIACIONES CHINO-SOVIÉTICAS

Después de la agresión británica a China de 1839, conocida por la guerra del opio, Rusia sacó provecho de la decadencia manifiesta del Imperio chino para consolidar y ampliar su dominio asiático. Lo hizo mediante una serie de Tratados calificados de «desiguales», dadas las circunstancias en que fueron suscritos. El régimen surgido de la revolución de octubre de 1917 no ha modificado las fronteras soviético-chinas, salvo en la región autónoma del Sinkiang, que ha vuelto a ser de soberanía china. Argumentando que los «Tratados desiguales» fueran un acto de piratería de los zares, los dirigentes de Pekín vienen emplazando a los dirigentes soviéticos a reconsiderar el trazado de su frontera común. Ora mediante la propaganda escrita y oral, ora mediante incidentes, escaramuzas y hasta combates, no cesan de insistir desde hace años para «desfacer el entuerto» del que fue víctima la China imperial. Tal es en substancia el problema fronterizo chino-soviético.

Largo tiempo silenciado, ha surgido en el atormentado panorama internacional en la pasada primavera. En junio se llegó a un punto de extrema tensión que parecía llevar a un conflicto armado entre las dos mayores potencias comunistas del mundo. De pronto, el viaje de Kossiguin a Pekín, el 11 de septiembre, y sus conversaciones con Chou En-lai, dieron la impresión de que el litigio se encaminaba hacia una solución pacífica.

A punto de iniciarse las negociaciones acordadas, cabe preguntarse qué probabilidades de éxito tienen y por qué China Popular tomó la iniciativa de proponerlas el 24 de mayo pasado, en vísperas de la Conferencia comunista de Moscú. En cartas oficiales del 18 de septiembre y del 6 de octubre, Pekín ha reiterado su ofrecimiento de negociar, pero puntualizando que «sin eludir el problema fronterizo», tema fundamental de su campaña antisoviética. En tales cartas, China señala que no reclama la devolución de los territorios arrebatados por los zares. Con aviesa intención, sólo pretende—y esto es una novedad—que la U. R. S. S. «cese de ocupar nuevos territorios» en violación de las estipulaciones de los Tratados suscritos. Ello equivale a decir que la U. R. S. S. prosigue a costa de China la vieja política expansionista de los zares y evidencia la maniobra de estrategia indirecta implicada en la reivindicación fronteriza de una China cuyo objetivo es tomar la dirección del movimiento revolucionario mundial. No cabía arrebatarlo a la U. R. S. S. en el terreno del desarrollo económico y social ni en el de la ayuda al Tercer Mundo. Sólo le quedaba a China dar la batalla en el ámbito ideológico, presentándose como fiel ejecutora del marxismo-leninismo traicionado por la U. R. S. S. Es lo que ha hecho.

El pleito fronterizo es un medio tendente a poner a prueba el marxismo-leninismo soviético. Generosamente, China echa de pronto en olvido lo «explotado» por los zares. Se limita a pedir a su vecina que se repliegue a la línea

fronteriza establecida durante el régimen zarista, ello según el Tratado de Pekín que motivó la ruptura de las negociaciones de 1964. Pero las próximas negociaciones ponen a Moscú en un brete: o accede a las peticiones chinas, cediendo territorios que proclama ser «suelo sagrado de la patria», en cuyo caso obtendría de momento un certificado de buen comportamiento marxista-leninista expedido por Pekín, o bien se niega y Pekín puede denunciar a voz en cuello y con pruebas al apoyo que «los herederos del zarismo rapaz» no pueden desempeñar papel alguno en el movimiento revolucionario mundial que corresponde a China encabezar.

El margen de maniobra de la U. R. S. S. en las próximas negociaciones aparece, pues, muy reducido. Por ello, sólo pueden considerarse con moderado optimismo en orden a una verdadera solución del problema fronterizo.

LIUDPRANDO

